

cedente, al menos por otros relatos indos del período brahmánico, principalmente los *Treinta y dos relatos del trono encantado*, cuáles eran las ocupaciones diarias de un rey, y por consecuencia, de los grandes señores, que procuraban naturalmente imitarle.

Despertado por la mañana al son de los instrumentos, se entregaba desde luego á prácticas religiosas y á liberalidades. Después de dedicar algunos instantes al manejo de las armas, reunía sus ministros y despachaba los negocios.

Hacia el mediodía hacía una comida precedida de invocaciones religiosas y seguida de una siesta. En seguida daba un paseo por los jardines del palacio, rodeado de sus mujeres y bayaderas, cogiendo flores, cantando y meciéndose en columpios de seda, etc.

A la tarde, nuevos actos religiosos, comida y distracciones que consistían en canto, danzas y música hasta la hora en que el soberano se retiraba al interior del harén.

La religión oficial de la ciudad de Ojein, según *El carretón de tierra cocida*, es el brahmanismo. El budismo existe aún, pero no aparece apenas sino como secta de monjes mendicantes; lo que parece probar bien que la pieza no tiene la antigüedad que se la supuso, sino que se remonta sólo á la época en que el budismo declinaba, es decir, del séptimo al octavo siglos. La tolerancia entre los diferentes cultos parece completa.

No tenemos, por lo demás, necesidad de ningún libro para saber cuál era la religión de la India hacia el siglo x de nuestra era: los templos de esa época nos lo dicen claramente. El budismo había desaparecido y había sido reemplazado por el antiguo brahmanismo.

Grandes divinidades muy borrosas en el brahmanismo primitivo, tales como Siva y Vishnu, se han convertido en predominantes y comparten entre sí los templos. Esas divinidades brahmánicas tienen, con todo, por rivales los dioses del jainismo, secta muy análoga al budismo y que debió representar en el siglo x un papel importante, á juzgar por la magnificencia de

sus templos. Jainismo, sivaísmo y vishnuísmo vivían en perfecta inteligencia y tenían una importancia igual, como lo prueba el hecho, que puede comprobarse hoy en las ruinas de Khajurao, de que sus templos, de la misma importancia, se elevan al lado unos de otros como en Europa las iglesias dedicadas á diferentes santos.

No nos extenderemos más sobre la religión inda en el siglo x de nuestra era; tiene demasiada analogía con la religión actual de la India para que se separe su estudio. Remitiré, pues, al lector al capítulo consagrado á esta última en otra parte de esta obra.

Después de esta simple ojeada sobre las partes exteriores de la antigua civilización inda, del octavo al dozavo siglos de nuestra era, vamos á intentar penetrar en la constitución política de la mayor parte de la India aria en esa época. Tomaremos por base de este trabajo, como hemos dicho más arriba, la constitución de los únicos Estados que han conservado esta antigua organización, es decir, los del Rajputana.

3.º — CONSTITUCIÓN POLÍTICA Y SOCIAL DE LOS REINOS DE LA INDIA ARIA HACIA EL DÉCIMO SIGLO DE NUESTRA ERA

El país que se extiende entre el Indo, la península de Kattywar, el Chambal y el Ganges y que lleva el nombre de Rajputana, está cubierto en su mitad occidental por el desierto del Thar y en su mitad oriental por alturas áridas y selváticas de que la cordillera de los Aravulli forma la arista culminante. En esta región montañosa es donde se han mantenido casi absolutamente independientes hasta nuestros días los supuestos descendientes de los kchatryas arios, los rajputes ó hijos de reyes.

Forman la raza más hermosa y probablemente más pura de la India. Su alta estatura, sus rasgos regulares, su piel generalmente bastante blanca, la altivez de su fisonomía, la magnificencia de sus vestidos y de sus armas, les hacen dignos de ser comparados á aquella brillante caballería de la Edad media que

abandonaba el continente europeo para ir á conquistar el Santo Sepulcro.

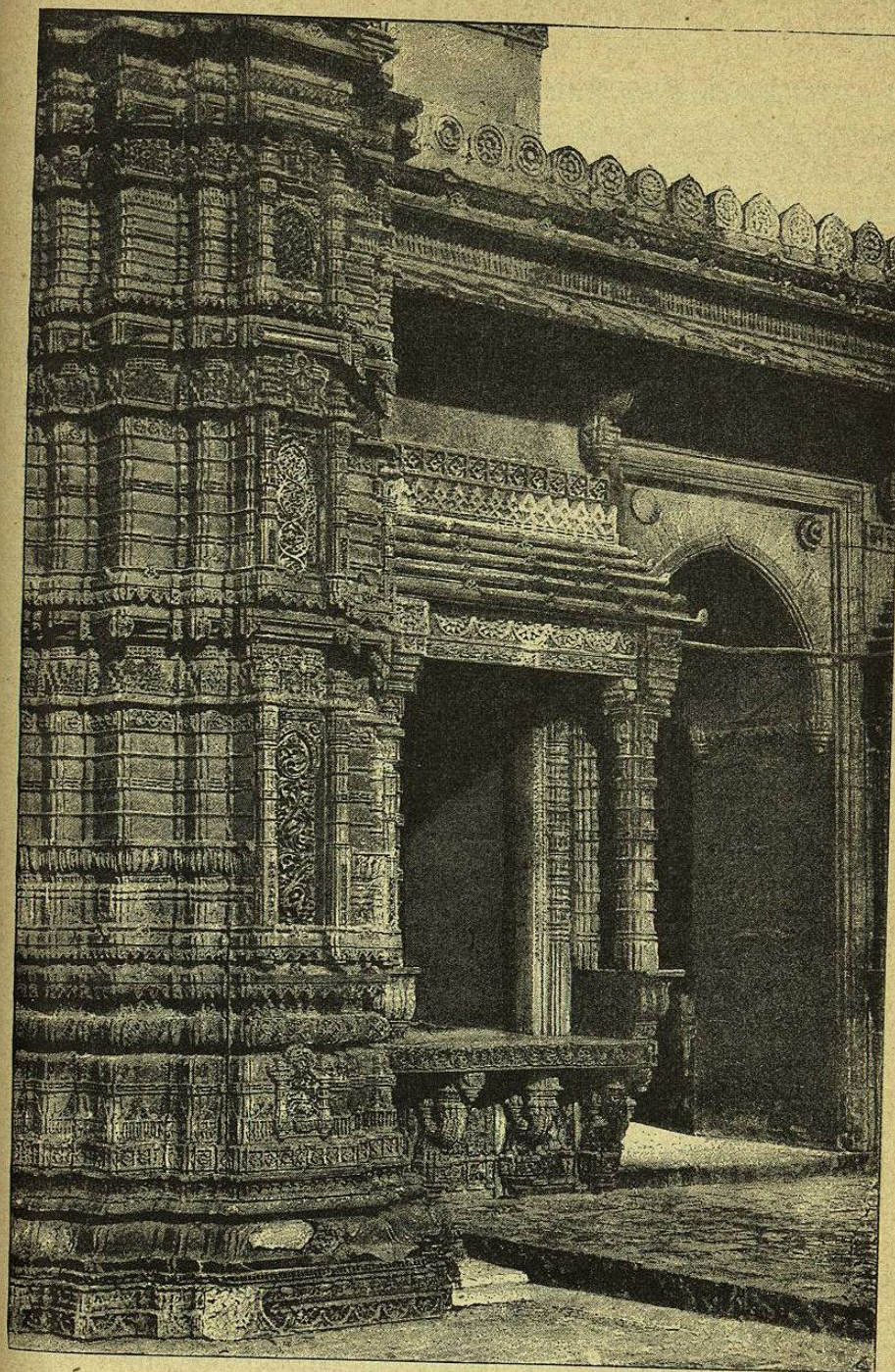
Los adornos suntuosos y las ricas telas con que cubrían sus corceles, los estandartes que desplegaron en su línea de batalla, los emblemas que adoptaban y distinguían las diferentes familias, recuerdan no menos vivamente nuestras costumbres feudales y el origen de los escudos. Compréndese fácilmente que los primeros europeos que estudiaron la organización del Rajputana creyeran ver en ella la imagen de la Edad media feudal y no descubrieran las diferencias profundas que separan esta organización de la de nuestro antiguo feudalismo.

La aparente semejanza entre la organización del Rajputana y la del feudalismo no está limitada á los puntos que hemos señalado. El rajá rajpute, como en otro tiempo el duque, el conde ó el barón, vive en una fortaleza desde la que manda como dueño absoluto sobre sus dominios.

A veces se desprende de una parte de sus tierras en favor de uno de sus parientes, que se hace entonces su vasallo y de que él es el soberano. Cuando uno de ellos desobedece ó atenta al honor, es degradado y perseguido; en este caso su dominio vuelve al señor. Debajo de esta aristocracia militar vive el numeroso pueblo de agricultores, gentes de casta inferior, que deben á los rajputes un censo sobre los bienes de la tierra y ciertos trabajos ó prestaciones. Estos son los sudras ó nuestros siervos de la Edad media.

Como en los tiempos de la caballería europea, la mujer ocupa entre los rajputes un lugar muy alto y desempeña un papel importante. Casi siempre fué ella la causa de las guerras entre los señores rivales. Bastaba á una mujer haber sido lesionada en sus derechos ú ofendida en su honor, para encontrar á un campeón enviando su brazalete al que juzgaba más valiente; él acogía su querrela con júbilo y corría inmediatamente á las armas.

Sitios de ciudades se han sostenido para defender á una belleza perseguida por un amoroso enemigo. Prodigios de valor se



AHMEDABAD. — Mezquita de la reina de Myrzapore. (Siglo xv.)
(Altura de la parte del minarete representada, 6^m, 30.)

han desplegado allí, y jamás, cualquiera que haya sido la fortuna de las armas, ha caído la mujer en manos del adversario. Cuando los defensores veían su causa perdida, la preparaban una hoguera sobre la que la dama subía voluntariamente con sus compañeras; después se hacían todos matar en una especie de desesperación, mientras ella expiraba en medio de las llamas.

La mujer rajpute no cedía en nada por su energía á los héroes de su raza. Más de una vez combatió á su lado y siempre supo morir antes que rendirse. Durante los dos sitios memorables de Chittor, las mujeres subieron por millares sobre las hogueras para no caer en las manos del enemigo.

La poligamia existe en el Rajputana como en todas las demás regiones de la India; pero hay allí siempre una esposa preferida, y ésta era la que en otro tiempo se quemaba sobre la hoguera del esposo cuando éste moría. A veces surgían cuestiones entre las mujeres; cada una pretendía haber ocupado el primer lugar en el corazón del difunto y estar llamada al honor de perecer en sus funerales. En cuanto al rey, la regla era que á su muerte todas sus mujeres se quemasen. Se ve aún entre las tumbas reales de Odeypur el mausoleo que encierra las cenizas de Sangram Singh y de las veintiuna mujeres que en 1733 se quemaron sobre su hoguera.

Exceptuada la poligamia, ese respeto y casi ese culto de la mujer es todavía un punto de semejanza entre las costumbres rajputes y las de la Edad media europea. Como rasgo final indicaremos el papel del bardo, idéntico al de los trovadores y troveros que cantaban en los banquetes de los señores cristianos y celebraban los torneos, las cortes de amor, la hermosura de las damas y las buenas estocadas.

Nada de extraño, pues, tiene, lo repetimos, que una sociedad así organizada pareciera desde luego á los observadores la imagen acabada de la sociedad feudal tal como florecía en Europa en el instante de las cruzadas. Vamos á ver ahora las diferencias profundas que se ocultaban bajo estas apariencias.

El estado de la sociedad rajpute corresponde no tanto al feu-

dalismo cuanto al grado de civilización que le precedió inmediatamente en la evolución natural de una sociedad.

El trabajo de agrupamiento que parte del individuo aislado y salvaje para llegar á nuestros grandes Estados modernos tan compactos y tan complicados, pasa en general por una serie de fases de las que las principales son: la familia, la tribu, el clan, la organización feudal y, en fin, la nación.

El sistema rajpute no es el del feudalismo, sino el del clan.

El clan no es en principio sino la familia ensanchada; pero es casi imposible á la familia llegar al clan sin pasar por la tribu.

Supongamos que en una sociedad salvaje y simplemente dividida en familias, una de esas familias produce un individuo osado, aventurero y dominante. Supongamos que en el momento en que llega á la edad de hombre estalla una querrela, que la tierra está demasiado ocupada ó simplemente que él desea buscar fortuna en otra parte. Naturalmente, no va á salir solo. Comienza por llamar á los hombres de su familia, sobre los cuales tiene ya autoridad y que le seguirán con entusiasmo; vecinos, aventureros fracasados, criminales rechazados por cuantos les rodean, se unen desde luego á ese pequeño núcleo. Se alejan, se apoderan por la fuerza, ó de otro modo, de un trozo de tierra sobre el cual se establecen; levantan alrededor una muralla, y para distinguirse de las poblaciones vecinas y hostiles, todos los miembros de la pequeña partida toman el nombre del jefe, como si todos fuesen sus hijos. Es la historia de Rómulo y de sus compañeros, la de David en la caverna de Adullam.

La tribu artificial así formada por la reunión de aventureros de origen diverso bajo la dirección de un jefe, no resultará un clan propiamente dicho sino el día más ó menos lejano en que, olvidadas las diferencias de origen, puedan los descendientes de esos aventureros decirse y creerse descendientes del fundador primitivo del grupo. El jefe natural será entonces el mayor de los herederos verdaderos de ese fundador.

No es, pues, sino por una pura ficción, como se ve, por la que los individuos de un mismo clan se consideran como descendien-